



Y ME LLAMARON ASHÉ

Walter Lingán

Y ME LLAMARON ASHÉ



Primera edición: agosto 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Walter Lingán

ISBN: 978-84-19439-22-2

ISBN digital: 978-84-19439-23-9

Depósito legal: M-21047-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Aquella vez, cuando llegué a Barcelona, luego de intercambiar recuerdos casi olvidados con mi pata de la infancia Carlos Malca Becerra, más conocido como *Asbé*, surgió la idea de escribir, hebra a hebra, aquellos retazos de su memoria emparentada con la gente y con los paisajes de San Miguel de Pallaques.

(W. LINGÁN)

*San Miguel de Pallaques, donde
aprendí a escribir amor en la Cantora...
al tiempo que el destino empezaba
a arrancar, uno a uno, los pétalos
del entonces girasol que fui.*

(DEMETRIO QUIROZ-MALCA, POETA SANMIGUELINO)

Homenaje al poeta Demetrio Quiroz-Malca

Como una manera de rendir homenaje al poeta olvidado de San Miguel de Pallaques Demetrio Quiroz-Malca se han titulado capítulos y subcapítulos de esta crónica de vida utilizando versos de su obra poética contenida en *Una voz en el camino – Poesía Reunida*, publicada en Lima en el 2014.

Dedicación y reconocimiento

Deseo agradecer al reverendo padre Víctor Ruiz Vargas y a mi amigo Juan Cóndor por el apoyo que me brindaron en momentos importantes de mi vida.

CARLOS MALCA BECERRA

Capítulo uno

En la niñez habitamos un paraíso donde las estrellas duermen sobre la hierba

1. *Y lo hago, no sin antes echar una mirada a mi lejana infancia*

La buena y la mala vida del *Asbé* voy a contarla yo mismo, en cuanto soy el involucrado que tiene el privilegio de penetrar, aunque sea una pizquita, en los más oscuros recovecos de la frágil memoria. Es posible que a muchos la lectura de esta aventura les quite el sueño; a otros les despertará un poco la rabia, incluso envidia; pero si a unos cuantos logra arrancarles una leve sonrisa, me daré por satisfecho. Así vociferaba en mi pueblo, entre risa y risa, el majadero Serafín Alcántara, recordando sus borracheras domingueras a golpe de chicha y llonque en la cantina del *Chilposo* Victoriano Sánchez.

Era muy pequeño cuando mamá, la honorable ciudadana natural de Llapa, Zenobia Becerra, nos abandonó, y así, ¡de un zuácatel!, nos dejó tirando cintura y con el orgullo de haber nacido en las hermosas y fértiles tierras de Atahualpa, en medio del bullicio de ríos y quebradas, la soledad de ricas montañas y nevadas jalcas pobladas de gente pobre, pobrísima, pero muy alegre. En esos tiempos estaba muy lejano de la escribidera, de lo contrario hubiera escrito una carta a mi mamita para hacerla llegar a través de una cometa hasta el cielo azul con una sola pregunta: ¿a dónde te fuiste, viejita linda, dejándonos tan solos con mi pobre papá? Por aquellas circunstancias, achacables a mi temprana edad, no recuerdo nada de aquella dama que fue mi madre, incluso desconozco su apellido materno. Mi hermana Antonia y yo nos quedamos en casa con un desolado padre de familia conocidísimo en el pueblo como *Asbé* y que respondía al nombre de Augusto Malca Reyes, el hombre que, según mi abuela, nunca ató ni desató cabos.

Como está escrito en el prestigioso registro civil, vi la luz de la luna llena un 17 de septiembre de 1952 en la provincia de San Miguel de Pallaques, que en aquel entonces tan solo era una aldeíta encimada en la cordillera de los Andes de la región Cajamarca. El Perú era gobernado por un regordete general llamado

Manuel Odría, un militar golpista que, haciendo buenas migas con el partido aprista de Víctor Raúl Haya de la Torre, gobernó con mano dura y con el eslogan «Hechos y no palabras». Durante su gobierno se dedicó con sumo empeño a impulsar un programa de construcciones monumentales en base a concreto armado. De esta manera, mandó edificar las Grandes Unidades Escolares. Muy suelto de huesos y haciendo gala de su espíritu deportivo, ordenó la construcción del Estadio Nacional de Lima, donde alguna vez me soñé jugando el clásico vistiendo la casaquilla del Universitario de Deportes, mi equipo de toda la vida. Cuentan que, sin ninguna mala intención, siendo todavía un muchachito que aún no caminaba, me dedicaba, casi a rastras, con ese garbo que tienen los gatos al caminar, a juntar toda clase de materiales al alcance de mis manos y los convertía en pelotas. Y el viejo Ashé, que fungía de padre y señor mío, comentaba entre risas: Este mi cholito *cotosique* va a resultar un pelotero de polendas.

El viejo Ashé, al quedarse solo, triste y abandonado, no supo qué hacer con dos críos zaragatas y patas pispadas. Enrumbó su imaginación por las grandiosas avenidas, sin darle más vueltas al asunto y sin poder resolver el teorema de Pitágoras, tan solo atinó a repartirnos entre los parientes más cercanos. La primera visita resultó un acto fallido. La franciscana abuela *Tita* Reyes apenas abrió una hoja de su puerta y ahí mismo se negó rotundamente a recibirnos. «Ya estoy vieja y achacosa como para encargarme de arreglar la poca vida que me queda con estos mocosos; ya he tenido suficientes cagados amaneceres con tantos churres llorones que he criado». Así se remordían las malas lenguas de la vecindad al recordar aquellos brumosos días de mi temprana orfandad.

Papá Ashé, en su desesperación y sazonado también por los primeros *huaypash* ingeridos en una de las cantinas madrugadoras, agarró a mi hermana Antonia y sin preámbulos ni ruegos dijo: Oiga, mi querida Ercarnita, le encargo a esta mi muchacha, fruto de unos amores frustrados y mal habidos. Y sin esperar respuesta salió dejando a mamá Ercarnita Reyes con el grito ahogado de sus

blanquiñosas manos de enjutas carnes. El viejo Ashé vino a mi encuentro, ahí mismo en la vereda de enfrente, donde lo esperaba tranquilo sabiendo que conmigo no era el asunto. Y ahora ¿qué hago contigo?, me desovó, de buenas a primeras, con tan filosófico misterio mañanero. Con la envidia heredada de mi vieja estirpe, muy dada al juego de palabras y al humor gástrico, respondí: Vamos a jugar pelota. Mi viejo se percató, entre atolondrado y sereno, de que su impecable traje y sus brillantes zapatos perderían compostura entre el balón y el polvo callejero. Finalmente, luego de tanta pensadera, ya no tenía más alternativa que ir a tocar la puerta de mi tía Rosa Barrantes. Ingresó campante a la vieja casona arrastrándome con mucha delicadeza de una mano. Saludó brevemente y con la parsimonia de un honorabilísimo caballero argumentó la tesis del señor desamparado: Oye, Rosita, hermana del alma, después de analizar el tema al revés y al derecho, me veo en la penosa resolución de dejar a este mi cholito al cuidado de tu bondadoso corazón de cristiana comprometida con los más sagrados evangelios, porque yo no sé qué diablos puedo hacer con él en esta mi trajinada y caótica existencia. Mi tía Rosa, a la que después llamaría mamá Rosita, entrada en pulpas recias y vestir elegante, me acogió sin hacer comentarios de entraña malévolas y con esos parientes me quedé hasta cumplir los primeros cuatro años de mi azaroso destino.

2. Asido de mis lágrimas te hablo en el hervor de mis blasfemias

Aquella aldea de San Miguel de Pallaques, conocida también como La Puerta del Cielo, es ahora una ciudad hermosa y tranquila. Se parece a un pañuelo con las puntas amarradas a la cima de cuatro montañas de la cordillera de los Andes. Durante el invierno, las intensas neblinas transforman al pueblo en un desolado fantasma y en las tristísimas tardes solo veremos flotar entre la niebla ponchos ensombrecidos dedicados al cuento y al chisme. Las rectas y angostas calles de antaño eran empedradas y las ace-

quias de aguas cristalinas las partían por la mitad; hoy el asfalto les ha hecho perder su encanto. Todos los domingos las callecitas alrededor del mercado se vestían de colores y destilaban múltiples sabores. En los tiempos de las lluvias de verano costeño, entre diciembre y marzo, las calles que sueñan convertirse en grandes avenidas se transforman en tumultuosos riachuelos. Las hermosas casas de adobe con sus paredes blancas pintadas con caliche y sus techos a dos aguas de tejas rojas están siendo reemplazadas lentamente por vetustas y horribles edificaciones de ladrillo y cemento. Cosas del desarrollo y el progreso, dicen sus defensores. Solo la iglesia se mantiene imperturbable al paso de los años, ni la furia de los vientos ni las lluvias pueden con ella. El llanto de la nieve en las alturas da nacimiento a las quebradas de Taulis, Lipiac y al río San Miguel. Estas corrientes se deslizan torrentosas entre piedras que a su insistente paso han tomado formas caprichosas. El río cristalino se desenvuelve yapanoso durante la temporada de los lloriqueos de aguas frescas y llega dando tumbos hasta el puente de calicanto que queda ahí mismo, bajo la montaña del cementerio que destila toda la esencia de sus muertos y almas pueblerinas.

La iglesia de San Miguel, situada en plena plaza central del pueblo, está construida con adobes y tiene una torre cholaza que alcanza los treinta y cuatro metros de altura. Justo en la mitad, un enorme reloj asociado a varias campanas nos recuerda el paso de las horas y va marcando el correr de nuestro destino. Hasta esas alturas, que no son las de Machu Picchu de las que escribió Pablo Neruda, llegábamos un grupo de muchachos para tocar las campanas sorteando el peligro de escaleras con escalones rotos y maderas apolilladas. Tilín-tilín-tilín para llamar a la misa de bautizos y amarres matrimoniales. Taaa-lang, taaa-lang, taaa-lang, anunciando la muerte de alguno de los paisanos. Tolong-tolong-tolong, recordando a los fervorosos píos que ha llegado la hora de levantarse para ir a misa. De paso, escondidos a los ojos del Señor misericordioso, sacábamos los LM y nos poníamos a fumar. Sentados en las ventanas de la torre, mirábamos a la gente que se desplazaba por

las calles cercanas a la iglesia como si fuesen hormigas esperando que alguien las aplastase y así terminar con sus efímeras vidas.

Ahora vivo en Barcelona, capital de Cataluña, y en varias oportunidades estuve merodeando por los alrededores de la monumental basílica de la Sagrada Familia. Observo con temor la tremenda altura de sus torres diseñadas por el arquitecto catalán Antoni Gaudí. Dizque han pasado casi ciento cuarenta años y hasta ahora no hay cuando terminen de construirla. No sé si eso será verdad, pero algún momento lo escuché decir a los catalanes conocedores de su historia y de su fe. Quizás un día me anime y, desafiando a Gaudí, trepe a una de sus torres. Desde la altura, mirando la inmensidad de la ciudad y el mar Mediterráneo, me fume un cigarrillo LM, recuerde a mis patas de antaño, así como también nuestras locas travesuras. Cantar a todo pulmón a las viejas calles empedradas, a la quebrada de Chulis, a los barrios del Pabellón, Cuchumayo, la calle Bolívar, del Panteón y de Saña como lo hiciera el *Bodoque* Jorge Medina, hijo del Liborio, recordado cantante de la orquesta Lira Sanmiguelina.

Al interior, en una de las paredes laterales de la iglesia se exhibe el cuadro de la Virgen del Arco, pintada dizque por los artistas de la afamada Escuela Quiteña. Por su intenso quehacer pictórico se cuenta que llamó la atención de los amantes del arte del resto de las colonias de nuestro continente, que ya no era tan nuestro, y de la corte española en Madrid. Fue tanta la popularidad de este movimiento que el mismo rey Carlos III, refiriéndose a la Escuela Quiteña y a uno de sus escultores, expresó muy cachaciento: «No me preocupa que Italia tenga a Miguel Ángel, en mis colonias de América yo tengo al maestro Caspicara». Y es que la Escuela Quiteña fue un hervidero de artistas indígenas y mestizos, donde a un tal Mateo Mejía se le ocurrió, como a todo «figureti», estampar su nombre con puño y letra en sus obras, algo que no era costumbre en aquellos gloriosos tiempos. Los entendidos en las artes plásticas comentan, acudiendo a su acostumbrada labia intelectual, que es la prueba cultural de un dilatado proceso de transculturación entre lo

nativo y lo traído de las Europas, una de las manifestaciones más ricas del mestizaje y del sincretismo. Y todo esto no lo digo por haberlo aprendido en los libros de historia, sino por haberlo leído en Wikipedia y visto en el cine norteamericano.

A los sanmiguelinos nos llaman pisadiablos porque tenemos como santo patrono al arcángel San Miguel, el Príncipe de las Milicias Celestiales, quien, parado sobre el demonio, le clava sin piedad la espada brillante de la redención y en la otra mano sostiene la balanza de la justicia. Durante mis presuntuosos años de mocoso, palomilla y badulaque visité las Ventanillas de Jangalá, una población a media ladera del cerro de enfrente en camino hacia Llapa, donde alguien dijo, aunque no lo pudo demostrar, que en esas tumbas de piedra se encontraban los restos de Atahualpa; llegué a la catarata del Condac, donde bailan y se bañan los demonios; como jugando me fui por los bosques de El Prado, que está yendo hacia Agua Blanca, al suroeste de San Miguel. Una vez, mientras iba «jebeando pishgos» terminé, como quien no quiere, por los bellos parajes de Payac. Y aunque parezca mentira, en una oportunidad me quedé embobado ante las pinturas rupestres de las Cuevas de Chiapón-Tanón. Durante el verano, con la tropa de vivarachos yanazos pasábamos los fines de semana bañándonos en el río San Miguel, en una poza que alimentaba con agua al viejo molino de don Jacob Novoa, a donde se llega bajando por un ancho camino pedregoso y accidentado partiendo por la parte lateral del cementerio que está al sur de la ciudad.

Allá en el pueblo todos nos conocemos, también sabemos quiénes son los paisanos que vienen los domingos desde los diversos caseríos a vender sus productos agrícolas, sus telares y sombreros. Los tejidos en *qallwa*, reconocidos como patrimonio cultural de la nación, celebran a las humildes mujeres que, armadas de *ciquicha* y prendidas sus manos a las *illabuas* y *putecs*, bordan esperanzas y sueños a todo color. La *ciquicha* sirvió también para enderezar cualquier resquicio de crecimiento chueco de los muchachos. Allá los vecinos tienen, sin remedio, el orgullo de lucir como escara-

pelas un sobrenombre o apodo que se hereda de generación en generación, de tal manera que quien no tiene una chapa es un don nadie, alguien que no existe. Desde los abuelos hasta los nietos son conocidos como los *Cafétera*, los *Planchos*, las *Polleritas*, los *Santos apolillados*, los *Parpanchos*, los *Cholo Lolo*, las *Punguitas*, los *Chilenos*, los *Zango*, las *Vagonas*, los *Gatos*, las *Bacinicas*, los *Loros*, los *Zorritos*, las *Moradas*, los *Ñatos*. A mi tío Luis Malca Alvarado, alcalde de la comunidad en varias oportunidades, se le conocía como el *Cochina*. Cosa curiosa, a mis primos nunca los han nombrado con el apodo del padre.

Es por eso que a mí todo el mundo me conoce como Ashé; nadie me llama por mi nombre, solo en mi casa a veces soy Carlos Alberto y otras veces Carlos Augusto. Cuando me tocó ir a la escuela primaria, los primeros años tenía los apellidos de mis tíos Benjamín Bravo y Rosa Barrantes. Recién en el tercer grado recuperé mi verdadero nombre: Carlos Augusto Malca Becerra. Sin embargo, yo seguía siendo el Ashé. ¿Por qué Ashé? ¡Pucha mare! Ashé y Ashé, ese apodo era para mí un gran misterio. Un día, muy temprano, antes de que papá saliera de su casa, fui a visitarlo. Cuando llegué se estaba lavando la cara, se afeitó y luego se peinó frente a un espejo chiquito. Entonces al toque le pregunté: ¿Papá, por qué me dicen Ashé?. Te dicen Ashé porque a mí me llaman Ashé. ¿Pero de dónde ha salido eso? Ah, porque *ashé* es la vida, hijo. No le entendí y tampoco me explicó más. Yo seguí cargando con el enigma. «Porque *ashé* es la vida». Esa frase no paraba de dar vueltas en mi terca tutuma. ¿Y cómo es la vida?

Mi tío Abdón Barrantes Reyes, hermano de madre de papá Ashé, un viejo zorro, debe saberlo, pensé. Todo cotosique y muy orondo con las manos en los bolsillos, las patas calatas y pispadas, entré a su casa. Lo saludé como debía de ser, con el respeto que se merecía, y en prima me atreví a preguntarle. Oiga, tío, ¿por qué me llaman Ashé? Mi papá me ha dicho que porque *ashé* es la vida. Ah, pues, cuando tu papá vivía en Lima, trabajaba en los talleres del Servicio Industrial de la Marina/SIMA y en los barcos viajaba

mucho a Francia y de ahí se le quedó ese dejito medio amariconado que diciendo dicen viene del francés. Tu papá era albañil, pero no sé qué diablos hacía en el SIMA. El viejito Abdón también me contó que Catita, la esposa de mi papá, falleció al dar a luz a su primer hijo. Desgraciadamente ella y el bebé murieron. Tu papá no quiso saber nada más de Lima y por eso se mudó a San Miguel. ¿Pero por qué lo llaman Ashé, tío?, volví a preguntar angustiado. La verdad es que ya empezaba a mosquearme. Mi tío Abdón, tranquilo, sin apuro me contestó: Es que el viejo Augusto llegó con eso de «Ashé's la vida», «Ashé's la vida, señores», pronunciado, como decían los conocedores, con ese raro acento dizque franchute. Desde entonces dejó de ser Augusto Malca para convertirse en Ashé. Y a mí, a pesar de que en la pila del bautismo me pusieron Carlos Augusto, todos me llaman Ashé. Por donde paso me nombran Ashé. A donde llego me dan la bienvenida como Ashé. En el rincón más alejado de San Miguel me conocen como el Ashé. En Lima me siguieron llamando Ashé. Ahora en Barcelona sigo siendo el Ashé. Me da la impresión de que nunca fui Carlos Malca, sino Ashé. Para muchos soy el Ashé chico. *El Ashécito.*

3. *Llevo el mundo en cada paso*

A poco de cumplir los cuatro años, no sé las razones ni me las puedo imaginar, me subieron a un camión y me llevaron a Lima. Llegando a la que fue la mentadaza Ciudad de los Reyes y las tapadas limeñas, me dejaron en la casa de Blanca Alcántara, hermana de la *Negra Socorro*, a quien también llamo mamá. Como dicen que era muy travieso, no me aguantaron mucho en su dulce hogar capitalino. En cuestión de dos o tres meses, al toque y sin miramientos, decidieron mi retorno a San Miguel. Desde pequeño he sido muy movido. Este muchacho tiene hormigas en el culo, decían, pues nunca estaba quieto. Además, siempre me caractericé por ser un animal demasiado sociable, yanasudo o patero; antes de que cante el gallo, rapidito, me hacía amigo de cualquier persona.

Cuentan que cuando llegaba el lechero a casa de mamá Blanca yo le entregaba las llaves. El lechero entraba como si nada por todos los vericuetos de la vivienda con el pretexto de dejar la leche en la cocina, mismo Pedro en el paraíso se paseaba tirando lenteja a los lujos que albergaba la mansión de clase media provinciana de mamá Blanca. Al ver esto, temerosa de que fueran a desvalijar sus inmensas riquezas, que no las podía depositar en el Banco de la Nación, en una caja fuerte o en una cuenta de los Papeles de Panamá, mamá Blanca determinó devolverme con todas mis chivas a mi San Miguel querido para que ellas pudieran salir tranquilas a trabajar o a comprar sus alimentos de primera necesidad en el mercado callejero de la esquina del barrio.

De esos días en mi memoria está marcada la imagen de un señor llamado Teodoro Lang, más conocido como el *Chino* Lang. Tenía su taller de zapatero remendón al costado de la casa de mamá Blanca. El Chino Lang me enseñó a leer en el abecedario y cuando no tenía ganas de sentarme a repetir las letras desde la A hasta la Z me castigaba con un par de coscorriones o un jalón de las patillas, ¡ay, carajo!, cómo dolía eso. Otras veces amenazaba echarme agua con una manguera; entonces, botando el abecedario por los aires, me metía corriendo en la casa de mamá Blanca. El Chino Lang era el marido de doña Ashuca Cienfuegos, una señora que había sido criada por mamá Rosita.

Así, como les estaba contando, una de esas tardes, de nuevo me subieron en un camión en la Lima de los temblores que ya no era la ciudad de los reyes ni de los virreyes ni de las tapadas limeñas y amanecí, unos días después, en mi pueblito natal, el de La Puerta del Cielo, con mi quipe y mi alforjita al hombro, con mi mundo a cuestas.

Capítulo dos

En la tierra de mis ensueños el canto del río despierta los jardines con su finísima voz

1. *Cuánta luz debió encandilar los despreocupados días de infancia*

De la noche a la mañana, como un furtivo peregrino, resulté viajando de regreso a mi pueblo de origen y, sin más, a los pocos días entraba, mismo triunfador silencioso, a la *Tierra de mis ensueños*, como cantaban Salomón Díaz y Víctor Correa. Así, igualito, llegué a San Miguel de Pallaques, la grandiosa ciudad de los finos tejidos patrimonio cultural de la humanidad y los hermosos sombreros de paja, del mote-mote y las chirimoyas, del aromático llonque y la chicha de jora, del quesillo con miel y del cuy con papas ahogadas. El pueblito de la jipita, los ñoqos y las cushas, del trompo y el run-run, de los zancos y la pelota. Como no tenía ninguna alternativa —tampoco estaba en las condiciones de buscarla—, me fui de frente a la casona de mamá Rosita con sus balcones de madera al estilo canario.

La enorme casa tenía un portón de madera que parecía herencia de los tiempos de Matusalén, con aldaba y chapa grandotas hechas por uno de los más antiguos herreros de la comarca, uno que seguro que fue el maestro de don Teodoro Lingán, porque este señor era maduro, pero no viejito. En el patio inmenso correteaban pavos y gallinas arreando a sus pollitos a punta de alborotos; también se paseaban orgullosos unos patos cursientos. En la parte posterior, un tanto arribado, estaba el corral de los chanchos; y en el centro, como un paraíso reservado, estaba el jardín donde florecían rosas, floripondios y geranios, así como plantas de huacatay, ruda, romero, rocoto y manzanilla. La planta baja, distribuidos en varias habitaciones, la ocupábamos *Pola* Hipólita, *Filo* Filomena Díaz, «mi hermano» *Cachirulo* Juan Gamarra, el *Chueco* Martín Rojas, después llegaría el *Pichuta* Jorge Pérez, el *shushito* de la mancha, y este héroe de la historia que yo mismo soy. Nuestras habitaciones de hotel cinco estrellas, sin luz ni brillo, estaban dotadas de viejos colchones de paja Pullman, unos pullos de colorines desgastados y frazadas de la famosa marca Tigre. En esa parte de la casa pasé, con sus subidas y sus bajones, toda mi alegre y desdichada adolescencia hasta que terminé la secundaria, fecha en que, como a un

apestado, me sacaron con bombos y platillos clandestinos, con el mayor sigilo, sin levantar polvareda, en un viaje destinado a conquistar nuevamente la gran ciudad capital. Pola y Filo se dedicaban a las tareas de limpieza y cocina, así como a elaborar la chicha de jora que se vendía los domingos en una sala contigua a nuestras habitaciones. Ahora puedo decir, a pesar de todas las dificultades, que en esa vieja casona con puertas a la calle Grau y Bolívar, de alguna manera fui feliz como una perdiz.

En la planta superior, la zona bacancita del caserón, se encontraban los aposentos de la pareja que formaban papá Benjamín Bravo y mamá Rosita Barrantes. La habitación estaba ataviada con muebles tipo Luis XV bamba, fabricados por el maestro ebanista Miguel Cubas. Las discretas habitaciones de mis tías Angelita y Luzmila, mi Milita, eran muy ordenadas, la luz del día que surgía de los libros echaba lumbres a sus mentes dispuestas a la sabiduría. Claro, no faltaba una sala, donde eran recibidas las honorables visitas pueblerinas o de la alta alcurnia cajacha o limeña, repleta de adornos, ocupada con muebles de antiguo abolengo, y para no dudar de su apego a la santa Iglesia merodeaban los santos y vírgenes de rostros chaposos como testimonio de fe, porque, eso sí, mamá Rosita era muy religiosa, muy devota. Como es natural en estas casas de rancias familias, para la muchachada trabajadora y laboriosa se destinó un salón grande para la costura y el planchado de la ropa. Al final, un poco alejada de la vida tranquila, relajada, en una esquina con sabor a cebolla picada y comino, ajo y rocoto molido, ruda, huacatay y manteca de cerdo, estaban la cocina y su fogón destilando humo de la leña verde de andanga. Al segundo piso, que tenía un balcón en forma de L con barandas de cedro fino, se llegaba por una inmensa escalera de madera tallada y pintada de marrón. El *Viruta* Luis Arribasplata, empobrecido y un poco mal de la cabeza, les vendió esta vieja casona y para que no se quedase en la calle le dieron una habitación junto a la nuestra. A pesar de que siempre le servíamos sus alimentos a una hora puntual, solía gritarnos muy feazo aduciendo que no lo hacíamos a su debido tiempo.

Una calle más abajo, frente al portentoso mercado nuevo, mamá Rosita tenía también otra casa, que actualmente pertenece a los parientes de mi primo Víctor Hugo, el popular *Pisadiablo* o *Ford600*. Hubo un tiempo en que ahí se preparaba y se expendía la chicha de jora que se fermentaba en las gloriosas payancas. Frente a esta casa se encontraba la antigua escuela mixta donde empezó mi divertida y azarosa vida escolar. La escolita se fundó por el empeño de las jovencitas y agraciadas Melva Quiroz y mi Milita, flamantes maestras que llegaron con todas las ansias de enseñar la buena nueva de la educación pública de calidad que nos haría libres de la ignorancia y nos conduciría por la senda del progreso y el desarrollo. En esa escuela fue mi primera maestra una señora muy seria y formal, educada a la antigua, con un nombre sospechoso para ciertos deslenguados, doña *Cirquito* Circuncisión Díaz Hernández.

Entre mis compañeras recuerdo a Flor Quiroz, hermana del *Cosbón* Jesús; a otra chica cuyo nombre la memoria ha extraviado que trabajaba con don Leopoldo Lara, a quien la trataba como si fuera hija de su propia carne y hueso, y también de Anita Alvites, hermana del maestro *Nachivo* Juan, gordita, muy guapa de ojos grandes color caramelo, carita rosada y cabello medio ondulado. A esas dos muchachitas, Flor y Anita, las recuerdo muy bien porque al regalarme sus alegrías y emociones sentía que me querían mucho. Anita, al ver que para la hora del recreo yo no llevaba nada, ni una fruta, nada de nada, me invitaba de su comida, un ságuiche normalmente de lomo saltado. En cambio, Flor era la única alumna que llevaba fruta, unas manzanas rojitas, chirimoyas dulcecitas y jugosas, mangos amarillos pura miel. Cuando regresaba de la playa de Quindén traía cañas y pedacitos de chancaca. De su bolsa solía sacar, como por arte de magia, unas peras maduras. Plata no es / oro no es, ¿qué será?, adivina, adivinanza, nos hacía sufrir antes de que en sus manos aparecieran los plátanos y otras veces aparecían unas sidras grandazas y pintonas. A la hora del recreo Flor nos hacía formar cola para darnos a probar una cascarita de sidra, una pizquita de sabor. Inolvidable es esta muchacha, la Mandrake de la fruta.

No obstante vivir cerca de la escuela, yo era el único que tenía el triste privilegio de llegar tarde a las clases. La cuestión era tan solo salir de casa y cruzar la calle, nada más; sin embargo, yo era el último en poner las patitas en la puerta de la escuela. Es que antes de ir a clases, tenía la obligación de recoger agua del Chorro o de Lípiac para que Pola y Filo cocinasen, lavasen la ropa y preparasen la chicha. En esos trotes se me pasaba la hora. La señorita, como se le llamaba a las maestras, todos los días me castigaba por tardón. A la hora que terminaban las clases —me decía—, Carlos, te quedas recluso. Mientras caminaba para recoger la escoba y el balde, me sentía un reo subiendo al paredón. Se les llamaba «reclusos» a los alumnos castigados por llegar tarde a la escuela o por haber cometido alguna otra acción reñida con el orden y la disciplina casi militar del colegio; más tarde, en el secundario, la pena constaba además en hacer planchas y ranas.

El castigo consistía en limpiar el piso del aula y el patio de la escuela que eran de tierra, purita tierra medio arenosa y polvorienta salpicada por alguna que otra piedrecilla. También se limpiaban los servicios higiénicos, que eran unos huecos apesotosos y a veces la oficina de la directora Melva Arias, la guape-tona dama que estaba en toda la sabrosa plenitud de la vida. Para terminar rápido con mi «suplicio» e irme a casa temprano, barría los salones así nomás, por encima, por donde se veía, por donde camina el gato. Cierta vez la maestra se dio cuenta de mi truco. ¿Así que ya terminaste de limpiar? ¿A ver? Para hacerlo de manera correcta, teníamos que retirar los pupitres, mover las sillas, luego echar agua para que no se levante el polvo. Yo no hacía nada de eso, pues no pensaba que revisaría mi excelente método de limpieza. Al ver que no había cumplido el trabajo como lo mandan la ley y las buenas costumbres, o sea, como lo dictaba la usanza de la maestra, me agarró a varillazos, me dio una penqueada que hasta ahora la llevo fresquita en la memoria. Con la varilla me despellejó la piel y marcó mis piernas como a tronco de aliso sarnoso.

Recuerdo que muy contento le dije: «Ya terminé, señorita». Pero ella, desde una ventana había visto que no había limpiado como lo haría un recluso que encuentra placer en el castigo y cumple fielmente con sus deberes. Espero que esto te sirva para que la próxima vez hagas bien las cosas y, sobre todo, sobre todo, para que no te acostumbres a mentir, muchachito del demonio. Así me dijo esa maestra y hasta ahora no la olvido. Los maestros de aquellos tiempos eran buenos, pero también muy brutales, a pencazos y cocachos nos enseñaron dizque a caminar derechitos. Así de bravos eran los maestros que nos desasnaron con la lectura y la escribidera.

La señorita Circuncisión, nombre que me hace recordar ciertos fenómenos ligados a la intimidad de los bajos fondos, solo estuvo en la escuelita medio año. Para finalizar el año escolar vino doña Chavela Goicochea. Esa maestra era muy buena y yo puedo asegurar que me quiso mucho, porque me trató muy bien, con guantes de seda; además yo no era chuncho, era bien avisado y me hacía querer. En vez de castigarme por llegar tarde a la clase, me llevaba a su casa, porque había visto mis correrías madrugadoras en busca de agua. Ella vivía con el maestro Olano y en su jardín tenían algunas plantas de durazno. Cuando entraba a su casa, yo miraba con ganas los duraznos y la boca se me hacía agüita. La señorita Chavela se daba cuenta de mis malévolas intenciones. No, Ashé, me decía ella, no te atrevas a jalar los duraznos, yo te voy a dar los que quieras. Entonces la ayudaba a recoger los más grandes y bonitos, los lavaba y me mandaba a casa con mis frutas. La maestra Chavela tenía mucha paciencia para enseñar, con un gusto especial explicaba todo, con su boquita de caramelo deletreaba las palabras a la hora de la lectura. Muy despacio y bonito vocalizaba cada sílaba y cada palabra, le ponía amor a la pronunciación. Con ella hasta los más burros aprendimos con facilidad. Saquen sus libros, nos decía. Y todos nosotros haciendo ruido sacábamos abecedarios y cuadernos Loro. Al final del año, llegamos como expertos leyendo las primeras palabras del libro Coquito. El libro Carlitos lo tuvimos

un año después y ahí empezamos a leer historias, leyendas. De ese libro recuerdo las fábulas de Esopo.

De los muchachos con quienes empecé la escuela, de los de transición, recuerdo poco. Uno de ellos fue el *Cholo feo* Juan Rodas. Era un tipo grandazo y venía de San José. Terminamos transición reconociendo las vocales, el abecedario, que en parte ya aprendí en Lima con el Chino Lang. Para no olvidar lo que habíamos aprendido durante todo el año en transición nos mandaban a la escuela vacacional que organizaba el *Plancho* Juan Mendoza. Mamá Rosita no quería vernos ociosos, no permitía que anduviéramos perdiendo el tiempo. Las vacaciones para el Cachirulo y para mí no eran tiempos de holgazanería, siempre teníamos tareas en la casa, hacíamos de todo. A cambio de eso vivíamos dizque bien o por lo menos teníamos buena comida. Nosotros debíamos dar las gracias al Señor misericordioso, así como a papá Benjamín y a sus hierbas.

2. Siempre bebiendo a sorbos ebrios el amor que sueño

A la edad de ocho años empezó a perseguirme otra inquietud, un cosquilleo que me hacía estremecer, ese aleteo de mariposas recorriendo por toda mi barriga. Era el amor, la atracción por las muchachas, que despertaba en mí con una fuerza inesperada. Fui un eterno enamorado y no siempre fui correspondido, el amor nunca funcionó como yo lo quería.

Mi primera amiguita de juegos «amorosos» fue Odilita, la hija mayor del pastor evangélico Julio Castañeda, que predicaba en el culto frente a mi casa. El pastor era un tranquilo señor de piel morena que tenía también otros dos hijos varones, Carlos y Óscar. Odilia era un poco menor que yo. Ella me enseñó las caricias prematuras de un amor inocente, infantil. Con ella nos dimos los primeros besos. Fue un amor de dos niños ansiosos de descubrir los sabores que los mayores compartían en sus lechos de pareja. Sus padres la mandaban a jugar conmigo y venía a casa con cierta frecuencia. A mamá Rosita, le decía: Voy a jugar con Odilita, y ella

solo asentía con la cabeza. También Irma Lingán solía venir con regularidad.

Los tres jugábamos mayormente imitando lo que hacían nuestros mayores en días de fiestas y comilonas. Toda la tarde nos pasábamos jugando a El enemigo no duerme, Que pase el rey que ha de pasar, a La gallinita ciega y El mata tiru tirulá. En el juego del sacrificio del chanco, Irma se desempeñaba como la experta y refinada matarife. ¿Qué usábamos como chanchos o cerdos? Para eso nos servía una planta conocida como mala hierba y que crecía con unas hojas grandotas. Irma agarraba con sus manitos de experimentada carnicera una de esas hojas, la tiraba hacia abajo y cortaba las hojas en forma de tiras que para nosotros se convertían en ricos tocinos. De los tallos que quedaban de las hojas peladas hacíamos los rellenos con su sangrecita y repollo bien picadito. Odilita se encargaba de llevar las ollitas para cocinar. En el reparto de roles en esos juegos me correspondió ejercer el papel de un severo y amoroso papá.

Cuando Irma retornaba a su casa, Odilita me decía: Ahora sí vamos a jugar al papá y a la mamá, porque la hija ya no está. Lo decía con toda esa inocencia típica de nuestra edad. Ah, ya pues, le contestaba dispuesto a ejercer de papá. Lo haremos como lo hacen mi mamá y mi papá. ¿Cómo? Mira, es que, bueno, ven, ven, ven. Nosotros teníamos nuestro dormitorio en la planta baja donde dormían todos los demás. Pola y Filo tenían su habitación junto a la nuestra, que la compartía con Cachirulo y Chueco. Como la casa era grande, las habitaciones eran también muy grandes, unos cuartazos. El Pichuta, como era más chico, dormía en su camita en otro cuarto que estaba al lado.

Mi papá y mi mamá se ponen sus pijamas, decía Odilita. Yo no tengo pijama, solo mi bividí. No importa, como es juego, ven así y sube a la cama. Ella se sacaba sus sandalitas rosadas. Ya, ahora ven, así duermen ellos. Ajá, ya pues, y sus manitas me guiaban para acomodarme en la cama. Mi mamá lo agarra a mi papá de su cara y lo besa. ¿Así? Y me besaba. Sus labios virginales se juntaban con

los míos, que sabían inflar globos y chupar mangos. ¡Pucha! Odilita chiquita y bonita me arrullaba con esa ternura de gallina con sus pollitos cuando tienen hambre, cuando tienen frío. ¡Uy, carajo! Odilita era bien aventada, ella me enseñó el rito de los besos y los abrazos de osos pequeños. Yo tenía miedo de que nos encontrara alguien o nos escuchara mamá Rosita. Siempre estaba atento a los ruidos externos. Las veces que sentía pasos cercanos le decía: Odilita, creo que viene mamá Rosita. Ella se levantaba rapidito, en un santiamén se ponía su vestido celeste con flores rojas y su chompa tejida con hilo de ovillo de lana de oveja merino, como sea, dasito agarraba sus ollitas y salía a toda carrera, como diablo que lleva un alma, en dirección a su casa. Ella fue el amor inicial en esta mi vida pergacha.

3. *Allá en mi pueblo aprendí a vestirme de rubias mañanitas*

De chico casi nunca usé ropa nueva, estaba acostumbrado o resignado a mi *look* de pobretón, pata calata y remendado. Normalmente me vestía con ropa usada que mamá Rosita recibía de Lima. Nuestro sastre, el *Tijera de oro* Emilio Hernández, se encargaba de voltear los pantalones viejos, los desarmaba y los cortaba a mi medida, pero haciendo del revés el derecho. Así los pantalones quedaban como nuevecitos y yo salía muy orondo por las calles del pueblo exhibiendo chachá recién salidito de la sastrería. El *Shano* Miguel hacía lo mismo, pero con las camisas. Nuestros sastres volteaban pantalones y camisas para que nosotros los luzcamos como prendas linchecitas, diseñadas en las más afamadas sastrerías de la exquisita moda sanmiguelina.

Papá Ashé vivía a su aire, dedicado a ahogar las penas en las cantinas del pueblo; no se preocupaba por sus hijos. Sabía muy bien que mamá Rosita me daba todo lo que necesitaba para sobrevivir. Mi hermana Antonia tampoco le interesaba, seguro creía que estaba en buenas manos y no había razones para dedicarle unos minutos de su tiempo. Lo cierto era que Antonia con mi Encar-

nita, o sea, con mamá Encarnación, que además era nuestra tía, y yo con mamá Rosita, a la sazón tía nuestra también, hermana de madre de mi abuela Tita, no pasábamos apuros serios en nuestros destinos de hijos guachos o abandonados. Las tres viejitas eran hermanas y tuvieron un hermano, un tal Barrantes Quiroz del que no recuerdo su nombre de pila y al que tampoco tuve la suerte de conocer.

Para asistir a la escuela mi papá nunca me dio ni una moneda partida por la mitad. En algunas oportunidades yo le puyaba con mis súplicas. Necesito cuadernos, libros y uniforme, pero él era sordo potocho a toda petición económica; no decía ni pío, más bien me despedía al toque con su acostumbrada cantaleta. Váyase a su casa, muchacho ocioso. Le causaba fastidio al ver que seguía plantado como si en su propio domicilio me hubieran salido raíces; me miraba silencioso, aburrido, algo afligido al no poder o no querer entender mis imploraciones. Mamá Rosita tomó el toro por las astas y decidió, una mañana alegre, mandarme a la escuela, pero tampoco se dignó comprarme libros ni cuadernos, a las justas me permitió, muy loable, por supuesto, que vaya a perder mi tiempo en clases en vez de ir a trabajar, como le correspondería a todo pobre.

En esos tiempos existía un Ministerio de Educación que nos repartía el Silabario peruano, lápices color madera y unos cuadernos Loro, que eran de color azul con una bandera blanquinegra, una variación artística de la blanquirroja. Para quienes éramos pobres esos útiles eran de una valía grandiosa, eran nuestras únicas armas para escribir y combatir nuestra ignorancia. Por supuesto, también tenía compañeros que iban con la ropa bien lavadita, zapatos lustrados y llevaban sus libros y cuadernos bien forraditos con Vinifan. Aunque debo decirlo, la gran mayoría estábamos en la orilla de los misios, de los despojados de todo bienestar, abandonados a la gracia del Todopoderoso, que no miraba nuestra miseria y, haciéndose el loco, volteaba su rosada cara a las alturas, al lado equivocado. A la escuela yo no llevaba nada, esperaba los bondadosos regalos de

los útiles de ese tal Ministerio de Educación como quien espera el maná en el desierto o la repartición de los panes y los peces. Salvo esas cosas, después no tenía nada. Desde primero de primaria nos obligaban a llevar el uniforme *beige*. Mamá Rosita le pidió a mi Filo que buscara retazos viejos para que mandaran hacer mi primer uniforme. Así, con mi uniforme nuevo de telas viejas, iba a la escuela marchando al estilo del buen soldado que un día se fue a la guerra, y nosotros cantábamos entre risas *Mambrú se fue a la guerra, montado en una perra, qué dolor, qué dolor, qué pena, do-re-mi, do-re-fa*.

Habré estado rondando los seis años cuando escuché que papá Ashé retornó a San Miguel. Eso lo recuerdo. Me refiero a su apoteósico regreso porque fue comentado por toda la humana floresta del barrio. Desde que volvió se empeñó en trabajar como albañil y convertirse en una eminencia en el oficio de constructor, labor que lo llevó también a desempeñarse como panteonero y a la edificación de algunos pabellones de nichos en el cementerio de San Miguel. Eso sí, hay que saber reconocer, gracias a Dios y a la Virgencita, como solía decir, nunca le faltó chamba, y toda la guita que conseguía en sus labores la despilfarraba en la compra del bendito licor, su fiel compañero en la soledad. Así pues, cuando terminaba de trabajar, la huasca fue el deporte favorito del viejo Ashé. No hubo ningún fin de semana que no terminara en una cantina. Después, zigzagueando, tropezándose con las piedras, a duras penas llegaba a su covacha. Muchas veces yo le hacía la guardia en la chichería de doña Dominga para llevarlo hasta su casa, y de premio recibía una propina equivalente a un real, que en ese tiempo me alcanzaba para unos cuantos bizcochos.

El viejo Ashé tenía casa propia y una habitación llena con todas sus cosas. En unos ganchos de madera colgaba sus camisas blancas y celestes, sus ternos marrones y negros de casimir Barrington rayados de azul, impecablemente ordenados. Usaba sombreros de pana. Sabía vestir con la elegancia de un artista de cine. La abuela, cansada de sus andanzas borrachosas, lo botaba de la casa, lo mandaba a la calle. A ver si aprendes a venir ecuánime. Esa fue la razón

por la que papá Ashé alquiló un cuarto en el primer piso de la casa de don Carlomagno, en la calle donde vivía don Manuelocho Cruzado. En la planta baja vivía el señor Onofré, un gordito apodado *Chanchitoe'jebe*. Don Onofré me ayudaba a subirlo por la escalera y acostarlo en su cama. Mi papá tenía dinero, sí, tenía bastante guita. Sobre la mesa dejaba los billetes desparramados, pero yo nunca me atreví a tocar nada de su peculio, de su inmensa riqueza abandonada en toda la superficie de la habitación. No, nunca cogí nada que le perteneciera, ni un real. Mamá Rosita nos había inculcado la honradez, nos enseñó a no tocar ni una aguja de la gente. Mi mano temblaba por el miedo cuando a veces la tentación me inducía al robo, hasta mis oídos llegaba una voz instigándome: *Agarra un billete, agarra unas cuantas monedas, nadie se dará cuenta*. Pero no, no me atrevía a coger nada. Todos los domingos solía esperar a que mi papá estuviese huasca para llevarlo a su habitación. Yo era pequeño, no podía entender las razones por las que buscaba el alcohol. A lo mejor tenía sus penas que las ahogaba en el mar de la bebida; quién sabe, pues, en las «aguas» supo encontrar algún consuelo.

Nunca desaproveché una que otra oportunidad para rogarle que me comprara zapatos nuevos. Ya lo tenía curcuncho con mis peticiones. A duras penas, después de tanto pedir y pedir, cuando me veía lloroso y a punto de levantar las banderas de la lucha hasta las últimas consecuencias, y se daba cuenta de que andaba con la pata calata y los talones pispados, rajados como camotes sancochados, me llevaba a la tienda de don Luis Malca para comprarme un par de los zapatos de la marca más barata. Orgulloso llegaba con mis tabas chillanditas, nuevecitas. En cambio, mamá Rosita no sé de dónde me conseguía zapatos de segunda mano —o de «segundo pie»— y para que no se gastasen rápido, les mandaba poner doble suela. Una vez me hicieron unos zapatos con una suela bien dura donde don Manuel Ché y su hermano, conocidos como *los Chabelones*, que tenían su taller frente a don Santos Cieza. Fueron unos zapatos amarillos, con parches de color anaranjado, como de payaso. Eran tan duros que en la primera puesta me sacaron unas

ampollas grandotas en la planta y el talón. Nunca más me los volví a poner, porque yo mismo los escondí como para que nadie los pueda encontrar, después ni yo mismo supe dónde se quedaron esos zapatos.

Para cada 28 de julio, Día de la Patria, cuando ya estuve más grande, días antes me llevaban al zapatero para que me confeccionara un par para desfilas, porque para mamá Rosita sacrificar la billetera por la patria y sus símbolos sí valía la pena. Pero ahí mismo se adelantaba y ponía el parche antes de que salga el chupo. Estos te tienen que durar hasta el próximo año. Teniendo en cuenta esa cariñosa solicitud que sonaba a amenaza, yo usaba los zapatos solo en ocasiones especiales o cuando la coyuntura lo ameritaba. Normalmente andaba pata calata, descalzo, por lo que mis pies con el frío se pispaban, se cuarteaban los talones. En la escuela, la revisión de pies como parte de la higiene y la buena presentación nos obligaba a tener los pies «brillando», libres de polvo y barro. Casi todos los muchachos de aquel tiempo teníamos el privilegio y el orgullo de andar descalzos, parábamos siempre patas al aire, éramos los pata-calata. Recién cuando ya estuve en segundo año de primaria empecé a usar zapatos con mayor frecuencia.